



La borrachera de poder que tuvo AMLO, y que heredó a la 4T, nos traerá una cruda difícil de remediar.

Cruda

Hace ya tiempo –de todos los tiempos hace ya tiempo– visité la fonda y cantina llamada “Las poblánitas”. Contrariamente a lo que se podría suponer no estaba en Puebla, sino en Oaxaca. Su dueña era una bonísima señora, doña Gloria Toledano, quien hizo poner un gran letrero: “Aquí se viene a tomar, no a hacerse pendejo”. Doña Gloria, profunda conocedora de la vida, trataba con cristiana caridad a esos desdichados especímenes de la humanidad doliente: los crudos. Llegaban a su local muy de mañana, en actitud contrita –no hay hombre más humilde que un crudo–, y ni siquiera le decían lo que me dijo a mí un borrascoso tipo: “Le pido, caballero, que me trate con respeto y consideración, pues ando crudo. Soy animal sagrado”. Doña Gloria acogía con maternal solicitud a quienes sufrían heridas de noche anterior, y les administraba gratuitamente, de oquis, por pura bondad caritativa, una infalible pócima hecha por partes iguales de mezcal y té de poleo, taumatúrgica hierba que en Oaxaca es conocida como “hierba del borracho”. Doña Gloria Toledano llegará al Cielo allá arriba

y a los altares acá abajo, pues ejercía una forma de caridad equiparable en mérito a la de la Madre Teresa de Calcuta, Santa Eduvigis de Hungría o San Vicente de Paul. En efecto, el hombre crudo es un pobre, un necesitado, un enfermo de alma y cuerpo. Dice una frase admonitoria muy parecida al *Carpe diem*: “Come, bebe y sé feliz, porque mañana morirás”. O amanecerás crudo, añadiría un infeliz que ha padecido esa desgracia. “¡Opéreme, doctor!”, clamaba con desesperación un crudo. Inútil era su ruego: la cruda no es mal que pueda remediar el escalpelo. Otros recursos puede haber más efectivos. Don Francisco L. Bernal compuso un sentido soneto en loor del menudo, popular platillo al que se atribuye la mágica virtud de aliviar mañana los excesos de anoche: “Oh, menudo sabroso: te saludo / en esta alegre y refrescante aurora / en que reclamo alientos, pues es la hora / en que tú estás cocido y yo estoy crudo”. Entre las muchas bendiciones que de Diosito he recibido está la de no haber sabido nunca lo que es una cruda. Incurrí en mi primera juventud en formidables beodeces, pero jamás pagué por ellas más precio que

el de la inflada cuenta de cantina. Ahora suele decirme don Abundio: “El vino, licenciado, hay que saber mearlo”. Quiere decir que el acto de beber ha de llevarse a cabo con prudencia. En mi caso, consiste en no mezclar bebidas, y en tomarlas de modo que ellas no me tomen a mí. Y otra plausible providencia: tomo tequila, maravilloso líquido que, bebido con decoro, tiene entre sus muchas virtudes la de vivificar el cuerpo y purificar el alma. Conservo en la memoria unos versos alusivos al tequila: “Néctar bendito de Dios, / regalo de los magueyes / que lo mismo das favor / a proletarios que a reyes. / Tequila, precioso don / salido de los agaves: / yo te rezo esta oración / para que nunca te acabes”. Y ahora ¡cómo siento terminar estas sabrosas expansiones con una reflexión política! La borrachera de poder que embriagó a López Obrador, y que heredó a la 4T, habrá de provocarnos a los mexicanos una cruda que nos será difícil remediar. Ya empezamos a sentir sus efectos: economía en bancarrotas; sistema de salud en ruinas; educación dada al traste; demagogia; populismo; rampante corrupción. Ebriedad ahora; cruda después... FIN.

